

lestarle. Pero entre tanto que esto pasaba, una fuerte columna, á la cabeza de la cual marchaba D. Miguel Miramon, avanzaba por la calle de Plateros, con direccion á la Plaza de Armas. Comonfort, al verla, envió á uno de sus ayudantes para que advirtiese al general que la mandaba, que se detuviese, porque la plaza estaba en conferencias con el jefe de las fuerzas conservadoras. (1) Miramon detuvo entonces su avance, y esperó el resultado de la conferencia. Poco despues el general Rangel se presentó, manifestando á Comonfort que podia tomar la escolta que gustase para salir de la ciudad. Entonces Comonfort se despidió de los generales Pardo y Rangel, así como del coronel Zamora, y acompañado de sus ayudantes, de los generales García Conde, Alcérreca, Diaz, Chavero, y de varios jefes y oficiales subalternos, dejó la Plaza de Armas, y torciendo por las calles de la Moneda y Amor de Dios, se dirigió hácia el camino que conduce á Veracruz.

1858.

Enero.

Cuando Miramon notó el movimiento de Comonfort, y que salia de la Plaza de Armas, corrió á galope á San Francisco, donde, como he dicho, se hallaban el general Zuloaga y D. Luis Osollo, y pidió permiso para perseguirle y hacerle prisionero.

(1) En la Historia de Comonfort, escrita por D. Anselmo de la Portilla, se ha dicho que la columna avanzaba por la calle de Flamencos, y que Comonfort hizo abocar contra ella dos cañones al manifestar que estaba en conferencias. En ambas cosas el autor ha sufrido una equivocacion, pues la columna se formó en San Francisco y avanzó hasta la calle de Plateros, y Comonfort no dudó que bastaba una advertencia para que se detuviese Miramon.

Miramón ignoraba que se le había dado licencia para salir de la ciudad.

Zuloaga y Osollo habían alcanzado pruebas de alta deferencia de Comonfort, y trataron de corresponder á ellas dignamente. Miramón insistió en marchar en alcance del vencido presidente; y entonces Osollo, que era su amigo íntimo, asiéndole del brazo le dijo: «quédate: te ruego que te quedes.» Igual cosa le ordenó el general Zuloaga, y Miramón obsequió el deseo de ambos.

Estos rasgos de generosidad no eran extraños, como hemos visto, entre los mejicanos de uno y otro partido, y hablan muy favorablemente en honor de los nobles sentimientos de los hijos de aquel país.

Al llegar á la calle de la Santísima, Comonfort encontró al general Vazquez con cien carabineros de Toluca que le eran fieles, y á la salida de la puerta de la ciudad, llamada de San Lázaro, al general Portilla con un escuadrón de caballería. Con estas fuerzas, y algunas otras, emprendió su marcha, si bien triste y desengañado, no abatido ni humillado.

Aun no se había alejado mucho de la ciudad, cuando el coronel Valero que mandaba el 5.º de caballería y que hasta entonces le había acompañado, dió el grito de *viva la religion!* y abandonándole, se volvió á la capital con aquel escuadrón y los lanceros de Oajaca.

No obstante esta última defección, Comonfort encontró reunidos en Ayotla quinientos hombres de infantería y caballería, con dos cañones y un carro de municiones.

Los habitantes de Puebla se alarmaron temiendo que aquellas fuerzas fuesen acogidas favorablemente por el

gobernador D. Miguel María de Echeagaray, que, desde el momento que se operó el pronunciamiento de Zuloaga y volvió Comonfort á declararse por la constitucion, se declaró neutral por medio de una proclama que publicó el día 14 de Enero. En aquel documento manifestó á los poblados que conservaría en Puebla la tranquilidad pública y las garantías de los ciudadanos, en espera del desenlace de los asuntos políticos del país.

D. Miguel María de Echeagaray había observado siempre el honroso sistema de ser fiel á los gobiernos establecidos, y por eso sirvió con lealtad á Comonfort, desde que se estableció el gobierno emanado del plan de Ayutla, no obstante el sacrificio que tuvo que hacer de sus convicciones. Admitido el plan de Tacubaya por el mismo Comonfort, le fué igualmente fiel, y llevado de sus sentimientos humanitarios y católicos, dió acertados decretos que volvieron al clero y á la poblacion la tranquilidad y la calma. Pero surgió el pronunciamiento de Zuloaga en la capital á causa de no resolverse Comonfort á poner en planta lo que en el plan de Tacubaya por él admitido se prometia; vió que los pronunciados y aun algun miembro del gabinete, exigian el cumplimiento de aquel plan; vió asimismo que Comonfort abrazaba de nuevo la constitucion, cuando pocos dias antes había decretado que cesaban los efectos de ella, y no queriendo envol-

1858.

Enero.

ver á los poblados en aquella discordia, tomó la determinacion de esperar los resultados de ella, para obedecer despues al gobierno que se estableciese. No consideró por lo mismo á Comonfort, cuando abandonó la capital, como presidente de la república, puesto que nin-

gun Estado ni la capital le reconocian con aquel carácter; los primeros porque habia aceptado el plan de Tacubaya, declarando que cesaba de regir la constitucion de 1857; la segunda, porque no habia dado cumplimiento al programa proclamado en el plan. Colocado el general Echeagaray en el terreno neutral, por no haber tenido carácter de gobierno ninguno de los contendientes, y deseando calmar la inquietud de los habitantes de Puebla que se manifestaban recelosos de que diese acogida en la ciudad á las fuerzas de Comonfort que se habian reunido, como he dicho, en Ayotla, publicó una proclama para tranquilizarles. «He llegado á saber,» les decia, «que os »habeis alarmado y que estais inquietos por saber que las »cortas fuerzas que abandonaron el palacio de Méjico, se »hallaban ayer en Ayotla; y bien, ¿qué consecuencia sa- »cais de esto? ¿creeis, acaso, que esas tropas tendrian »acogida en esta ciudad, ó por ella libre paso? No; de »ninguna manera: he mandado á un jefe de mi confianza »que diga al de aquellas fuerzas que si avanza, le reci- »biré hostilmente; pues he de cumplir sin duda alguna »con lo que os ofrecí cuando dije: «Es por esto, poblanos, »que he fijado las bases de mi conducta política, concien- »zadamente; y por ello no espereis que os comprometa; pe- »ro sí que os defienda con ánimo resuelto y mano fuerte de »cualquiera agresion que se os dirija.»

La resolucion manifestada por el general Don Miguel María de Echeagaray hizo comprender á Comonfort la situacion penosa en que le habia colocado su política conciliadora que acabó de ponerle fuera de los constitucionalistas y de los conservadores.

Desde el momento en que se verificó el pronunciamiento de Zuloaga y volvió Comonfort á prepararse á la lucha para defender la constitucion, puso en libertad á D. Benito Juarez, á quien, como vimos, se habia reducido á prision al adoptarse el plan de Tacubaya. D. Benito Juarez era presidente de la suprema corte de justicia, y desde el instante que se vió en libertad, se dirigió á Querétaro, donde las autoridades le recibieron como á persona investida del poder ejecutivo, puesto que por la constitucion, al presidente de la suprema corte le correspondia la primera magistratura en caso de quedar vacante la presidencia de la república. La coalicion de los gobernadores de Guanajuato, Querétaro, Jalisco, Veracruz y de algunos otros Estados desconociendo á Comonfort desde que aceptó el plan de Tacubaya, llevaba por decirlo así á Don Benito Juarez á la presidencia, y por eso al presentarse en Querétaro en los dias en que en Méjico luchaban las tropas conservadoras y las de Comonfort, fué acogido por el general Arteaga, gobernador de Querétaro, como la primera autoridad de la nacion.

Investido así D. Benito Juarez de la suprema magistratura de la república, se dirigió á Guanajuato, de donde era gobernador Don Manuel Doblado, y allí estableció su gobierno desde el dia 19 de Enero, habiendo sido reconocido por todos los Estados coligados como centro de union.

Comonfort, como se ve, habia dejado de ser presidente para los constitucionalistas aun antes de haber sido vencido en la capital el dia 21. Por eso al encontrarse en Ayotla, sin autoridad entre los constitucionalistas, con ene-

migos entre los conservadores, y sin acogida entre los neutrales, tomó con las cortas fuerzas leales que le quedaban, el camino de Perote, y al llegar á este punto, las puso á disposicion de las autoridades del Estado de Veracruz.

1858. Animado siempre de nobles sentimientos  
Febrero. de conciliacion, y separado ya de la política, dió en Jalapa el 2 de Febrero un manifiesto en el que, al relatar las ocurrencias que precedieron á su caida y su resolucion de espatriarse, recomendaba la union de todos los partidos, para restañar la sangre de la patria. «Veo,» decia, «con profundo pesar los estragos de la guerra civil, porque debilitada la república con la lucha de tantos años, la necesidad de la paz se hace cada dia mas imperiosa: á su restablecimiento podrian contribuir los hombres de buena fé de todos los partidos, deponiendo sus resentimientos; y en esta conviccion me ha confirmado la experiencia adquirida en los difíciles dias de mi administracion. Se dirá que esto es impracticable, y quizá en estos momentos imposible; pero son los deseos de un hombre de corazon, que solo aspira al bien de su patria.»

Con efecto, Comonfort consagraba á su patria un amor profundo; poseia un corazon sensible y generoso, y su mayor satisfaccion hubiera sido poder unir bajo una sola bandera, bajo la bandera de la justa tolerancia, á todos los hombres de las diversas comuniones políticas.

Resuelto á espatriarse, pasó al puerto de Veracruz donde fué recibido con demostraciones de distinguida deferencia por el gobernador Don Manuel Gutierrez Zamora

y por el general Don Ignacio la Llavé, que le hicieron vivas instancias para que se quedara. Pero Comonfort les manifestó las justas razones que tenia para no permanecer en el país, y pocos dias después, el 7 de Febrero, se embarcó para los Estados-Unidos.

Las razones que expuso á los señores Zamora y la Llave para alejarse de su patria en aquellas circunstancias, se encuentran claramente expresadas en las siguientes palabras de un manifiesto que dió mas tarde á luz en Nueva-York. «Mi permanencia en la república por entonces,» decia, «no podia serle de ningun provecho, por mas que parezca extraño á primera vista este concepto á los que saben que en aquellos momentos corria la libertad los mayores peligros, y era precisamente cuando mas necesitaba el auxilio de todos sus partidarios. Es verdad que podia yo seguir combatiendo á la reaccion entronizada en la capital, porque algo valia mi nombre aun entre los hombres del partido liberal despreocupados y justos; pero ni podia yo obrar de acuerdo con la coalicion, ni era fácil que ella aceptara de buena voluntad mis servicios, ni era decoroso que yo obrara separado de ella y en mi propio nombre. No era posible lo primero, porque aunque el gobierno de Guanajuato era el gobierno constitucional, y aunque yo respetara la patriótica intencion de los que le sostenian, mal podia prestar mi apoyo á un órden de cosas que me habia parecido insostenible pocos dias antes. No era fácil lo segundo, porque en la coalicion prevalecian hombres, principios y tendencias que me eran marcadamente hostiles: los coligados habian sido durante doce dias, simples

«espectadores de mi lucha en la capital con la reaccion,  
 «y no habian tenido por conveniente auxiliarme en aque-  
 «lla lucha desesperada; clara señal de que yo, represen-  
 «tante de la libertad templada, de la reforma prudente y  
 «de la tolerancia política, no podia ofrecerles por enton-  
 «ces, servicios que les fueran aceptables. No era decoroso  
 1858. «lo tercero, porque aunque yo no tuviera fé  
 Febrero. «en la constitucion, ni entera conformidad  
 «de ideas con los hombres que la defendian, no podia  
 «menos de reconocer que aquel gobierno era el gobierno  
 «legal, y reconociendo esto, no podia, sin desdoro, levantar  
 «bandera y mandar gente armada por mi cuenta propia,  
 «aunque lo hiciera con el carácter de presidente, y aun-  
 «que fuera contra un enemigo comun. Yo no queria man-  
 «char mi nombre, defendiendo por bueno lo que me habia  
 «parecido insostenible al aceptar el plan de Tacubaya; no  
 «debia hacer un sacrificio estéril, exponiéndome á un  
 «desaire que habria caido mas bien sobre mis principios  
 «que sobre mi persona; no debia en fin dar á mi patria  
 «el escándalo de verme convertido en un faccioso; y al-  
 «guna de estas tres cosas tenia que suceder precisamen-  
 «te, si me quedaba en el país despues del desenlace que  
 «habian tenido los acontecimientos de la capital. Mi pre-  
 «sencia en él no habria servido mas que para aumentar  
 «los elementos de anarquía que á toda prisa se desarro-  
 «llaban, y yo no podia contar con fuerzas bastantes para  
 «estirparlos. Por estas razones, y por otras muchas que  
 «de ellas se desprenden, despues de haberlo meditado  
 «bien, y despues de una penosa lucha con mis senti-  
 «mientos de amigo, de patriota y de soldado, tomé la do-

«lorosa resolucion de espatriarme; y lo verifiqué con la  
 «conviccion de que era este el único sacrificio que po-  
 «dia hacer en aquellos momentos por mi desgraciada  
 «patria.»

Despues de haber referido los importantes aconteci-  
 mientos operados en la lucha de ideas religiosas que im-  
 primieron un nuevo carácter en la política de Méjico,  
 desde el gobierno emanado del plan de Ayutla, conve-  
 niente será dedicar algunas palabras que tracen los rasgos  
 mas notables del hombre que habia regido por dos años la  
 nave del Estado. D. Ignacio Comonfort era de sentimien-  
 tos nobles y generosos, dispuesto siempre al perdon y á  
 la clemencia. Liberal moderado, abrazó la reforma, y tra-  
 tó de coonestar las innovaciones que se deseaban intro-  
 ducir en lo referente á la religion, con el catolicismo  
 mismo, no logrando otra cosa que pasar por tibio innova-  
 dor entre los liberales, y por contrario al catolicismo en-  
 tre los conservadores. Por él no se votó el artículo 15  
 sobre libertad de cultos, pues creia que introducir la to-  
 lerancia cuando el país entero era católico y la rechaza-  
 ba, era destruir el lazo único de union que aun quedaba  
 á los mejicanos en caso de una guerra extranjera. Estuvo  
 por la desamortizacion de los bienes del clero, pero no  
 porque se nacionalizaran, sino porque pasasen á poder de  
 particulares para que se repartiera la propiedad. No fué  
 sanguinario, y su gobierno no se manchó con sangre; y  
 si algunos gobernadores de los Estados la vertieron, no  
 fué por su consentimiento. Respecto á los actos de justi-  
 cia, no siempre se manifestó recto y observante cuando  
 se trataba de personas que no pertenecian á su credo po-

lítico. Por eso fueron numerosos los destierros de personas notables fuera del país, sin que se les permitiera defenderse, sin formación de causa, sin que muchas hubieran llegado á saber el delito de que se les acusaba.

Don Ignacio Comonfort, antes de la revolución de Ayutla, apenas era conocido en la política: su vida la había pasado generalmente entregado al bien de su familia á quien consagraba todos sus desvelos, su amor y sus caricias. Nacido en la ciudad de Puebla el 12 de Marzo de 1812, hizo sus primeros estudios en el colegio Carolino de la misma ciudad, bajo la dirección de los padres jesuitas. Fueron sus padres el teniente coronel D. Mariano Comonfort y D.<sup>a</sup> María Guadalupe de los Ríos, personas muy bien relacionadas en la sociedad. Cuando en 1832 se efectuó el movimiento revolucionario que derrocó la administración de D. Anastasio Bustamante, D. Ignacio Comonfort, que solo contaba entonces veinte años de edad, tomó parte en el pronunciamiento, de que fué caudillo Don Antonio Lopez de Santa-Anna. Se halló en la sangrienta acción de San Agustín del Palmar en que las fuerzas pronunciadas derrotaron á las del gobierno mandadas por Facio, y en la toma de Puebla, que siguió al triunfo anterior, distinguiéndose en ambos encuentros por su sangre fría y su disposición; siendo, al poner sitio á Méjico por Santa-Anna, capitán de caballería. En los encuentros que se verificaron en la misma campaña en Casas-Blancas, en la hacienda de San Lorenzo, y en la ranchería de Posadas, donde sufrió grandes pérdidas el vice-presidente Bustamante, se manejó con serenidad y valor. Triunfante la revolución por los convenios celebrados en la hacienda de Zavaleta y es-

tablecido el nuevo gobierno, el jóven D. Ignacio Comonfort fué nombrado comandante militar de Izúcar de Matamoros, en cuyo distrito poseía bienes heredados de sus padres. En 1842 fué diputado al congreso que disolvió Santa-Anna, y puesto igual ocupó en las cámaras de 1846, que disolvió el general Don Mariano Paredes. Verificada la invasión norte-americana, Comonfort combatió con decisión en defensa de su patria, desempeñando el empleo de ayudante del general en jefe. Establecido el gobierno en Querétaro por hallarse la capital ocupada por las tropas norte-americanas, Comonfort formó parte del congreso que se reunió en la primera de las ciudades mencionadas. Celebrada la paz entre Méjico y el gobierno de Washington, fué electo senador en 1848, y despues se le nombró visitador y administrador de la aduana de Acapulco. Desempeñando se hallaba ese destino cuando fué separado injustamente de él por Don Antonio Lopez de Santa-Anna, dando origen al pronunciamiento de Ayutla.

Comonfort tenia al descender de la presidencia, cuarenta y seis años de edad. Era de elevada estatura y grueso, de presencia varonil, de constitucion robusta y vigorosa, algo moreno de color, y de continente repusado y grave. Era parco en la mesa y modesto en el vestir. La amabilidad y la dulzura eran los rasgos distintivos de su carácter no menos que de generosidad y el desprendimiento.